

Parásitos

No he comido mucho últimamente. Vos sabés: los problemas, la pequeña depresión del día a día, la normalidad del dolor y la desesperanza, la certeza de saber que esto es así y que las esperanzas de mejorar el alma se escapan por los caminos que la vida parece abrir y cerrar cuando se le antoja, ignorando los deseos y pareceres nuestros, los testigos pacientes de la propia caída. Ya no me sorprende que la ropa parezca ancha (si hasta las mañanas, las tardes y las noches parecen anchas). El hambre no molesta cuando no tenés ganas de comer, es como una humedad en el ánimo, es como el agua fría del mar. Te acostumbrás.

Sin embargo, esta mañana parecía que el estómago se retorció, que se me habían enredado las tripas mientras alguna pesadilla se proyectaba, fragmentada pero explícita, en la pantalla ajada de mis sesos. Soñé toda la noche con gente que hace mucho que no veo. Esas personas que en algún momento pensás que nunca más vas a abandonar y que, de a poco y con rapidez, queda perdida en el gris del casi olvido que supone una memoria como la mía, tan inesperada como vívida en algunos momentos, tan sutil en su crueldad que las heridas que provoca sangran poquito pero para siempre. Vos me vas decir que los recuerdos no lastiman la piel, pero yo te digo que sí y otro día te muestro una línea dibujada en mi cuerpo, producto de un recuerdo traído al presente en una noche de alcohol y desconsuelo. Te decía que en mi sueño había diez o veinte compañeros del pasado. Era una reunión en una casa grande y según la habitación parecía una fiesta, un velorio o un encuentro casual. Cada uno de ellos me decía una palabra. Esa palabra me dolía y dejaba el remordimiento y la culpa a la luz de mi entendimiento actual. Alguien me decía “soledad “ y entonces, en el recuerdo del sueño, una situación humillante se reproducía, y en la realidad, a esa hora de la noche, mientras dormía, mi propia soledad me golpeaba el alma. Un doble golpe. Así, recorrí esas reuniones reunidas y

sufrí esos dolores duplicados, soñados y sentidos. En el momento cúlmine, que en las pesadillas es ese instante que resume y multiplica el miedo, me encontraba con vos (si, así era el sueño, que voy a hacer...) y me decías "hoy". El pánico aturdió mi mente; el cuello tenso y el pecho inflado y sin aire me obligaron a saltar de la cama y querer respirar con fuerza. Pero era un como calambre total, como si en mi interior se hubiera detenido el tiempo en el último instante de pesadilla y fuera de mí todo siguiera normalmente.

Ahí estaba yo, en la oscuridad de mi pieza, queriendo hacer la fuerza necesaria para que el oxígeno que me rodeaba se metiera en mis pulmones, necesitados del vital elemento. Parecía un pez muriendo, un pez que no conoció el mar.

Giré tres o cuatro veces. No sé cómo le pegué a la perilla de la luz y prendí la lámpara, esa que a vos nunca te gustó. Supuse que era un avance no buscado, como si la luz empujara al aire. No solo seguí asfixiándome, sino que pude ver mi rostro patético y azul en el espejo. Las sábanas mojadas y arrugadas sugerían la piel de un zombie viejo y naranja, y las frazadas caídas a un lado de la cama, eran el vómito tejido y derramado de algún espectro que abrigó el espanto de mis sueños. De pronto quise volver a mi pesadilla. Esta realidad era peor. Sin embargo, sabía que no sucedería.

Entonces, respiré. Sentí los pulmones como bolsas llenándose, sentí el aire espeso dentro mío, sentí mis músculos aflojarse, y me dejé caer en el piso frío del dormitorio. De a poco volví en mí y me tranquilicé. Me quedó el dolor que te comentaba, muy fuerte, acá, en el vientre. Así que decidí venir al médico.

Que justo que te encuentro. Vos que tenés? El médico dice que lo mío son parásitos.